C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 29-30 Marzo-abril 1959

COLABORAN.—Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Emilio Prados, Miguel Hernández, Carlos Bousoño, Eladio Cabañero, Gabriel Celaya, Carmen Conde, Alfonso Costafreda, Jaime Ferrán, Ángela Figuera, José García Nieto, José Agustín Goytisolo, José Hierro, María Elvira Lacaci, Leopoldo de Luis, José Gerardo Manrique de Lara, Manuel Mantero, Susana March, Manuel Molina, Rafael Morales, Claudio Rodríguez, Carlos Sahagún y Concha Lagos.

Dibujo de Ricardo Zamorano. "Telón de Ágora" por Medardo Fraile. "Crítica de libros" de Luis Jiménez Martos.

SUMARIO

	Páginas
NOTA	3
Dibujo de *Ricardo Zamorano*	4
EL BRAZO, *Vicente Aleixandre*	5
A VICENTE, *Dámaso Alonso*	7
VICENTE EN ACADEMOS, *Gerardo Diego*	8
LA MIRADA INFANTIL, *Emilio Prados*	10
ODA ENTRE ARENA Y PIEDRA A VICENTE ALEIXANDRE, *Miguel Hernández*	12
LA LABOR DEL POETA, *Carlos Bousoño*	15
MURAL PARA VICENTE ALEIXANDRE, *Eladio Cabañero*	17
CANTATA EN ALEIXANDRE, *Gabriel Celaya*	18
A VICENTE ALEIXANDRE, *Carmen Conde*	19
HOMENAJE A VICENTE ALEIXANDRE, *Alfonso Costafreda*	21
VICENTE ALEIXANDRE DE OTRO CAMINO A OTRO CAMINO, *Jaime Ferrán*	22
RÍO-VICENTE, *Ángela Figuera Aymerich*	23
A VICENTE ALEIXANDRE, *José García Nieto*	24
COMO EL ÁGUILA, *José Agustín Goytisolo*	25
INAUGURACIÓN DE MONUMENTO, *José Hierro.*	27
VICENTE ALEIXANDRE (facsímil)	28
Fotografía	29
ARTE POÉTICA, *Vicente Aleixandre*	30
ACOMPAÑADA, *María Elvira Lacaci*	32
HOMENAJE A VICENTE ALEIXANDRE, *Leopoldo de Luis*	34
LOS LIBROS DEL POETA, *José Gerardo Manrique de Lara*	39
VICENTE, EJEMPLO, *Manuel Mantero*	40
A LOS SESENTA AÑOS DE VICENTE ALEIXANDRE, *Susana March*	41
EL SUPERVIVIENTE, *Manuel Molina*	43
A VICENTE ALEIXANDRE, *Rafael Morales*	44
EN RECUERDO DEL PERRO DE UN POETA, *Claudio Rodríguez*	45
LA HORA DE LA VERDAD, *Carlos Sahagún*	47
POETA Y ÁRBOL, *Concha Lagos*	48
TELÓN DE ÁGORA, *Medardo Fraile*	49
CRÍTICA DE LIBROS, *Luis Jiménez Martos*	51

Toda la correspondencia a
CONCHA LAGOS
José Antonio, 31 - Madrid
Teléfs. 470683 y 228970

C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 29-30 Marzo-abril 1959

EDITA

CONCHA LAGOS

Director: Emilio González Navarro
Subdirector: Medardo Fraile

CONSEJO DE REDACCIÓN

Gerardo Diego
José García Nieto
José Hierro
Jorge Campos

Depósito legal: M. 3170 - 1958.

Gráficas ORBE, S. L.—Padilla, 82.

ESTE número es un homenaje de AGORA a Vicente Aleixandre. Lo que su poesía y su persona han sido y son, palpita en nuestras páginas, donde nada hay forzado y en las que la noble y franca mirada de la poesía se muestra, como nunca, inspirada y tranquila. Vicente Aleixandre, poeta, es hombre confortador, elevado, representativo. En su ágora, transitada por poetas y cartas de todo el mundo, ha habido poesía, humanidad, palabras para luego, aun en días nublados, fríos, con el viento de cara.

Este número inicia una serie, de homenajes, breve pero justa, a los maestros de la Poesía.


A Vicente Alexandre com
admiração e afecto

EL BRAZO

I

PRIMERO fué desde el tronco la aventura, el proyecto,
la insinuación lentísima y robusta: el hombro duro.
Un empujón de la materia sólo:
dentro, cerrado, poroso, decidido,
un surtidor de hueso puro: el húmero.

En seguida la llave, el giro delicado,
la posibilidad abierta, destinada y útil
al mismo tiempo: el suavísimo codo numerario,
casi infinitamente móvil
frente a la redondez del horizonte.
Luego el enlace más fino, dúo de voluntad así logrado,
así disparado,
doble relámpago de hueso
en suspensión sin fin: cúbito, radio.
Y dando en el blanco, deteniéndose, vibrando
en la palma, su prolongada vibración suavísima:
los dedos.
Onda casi invisible que perdura
todavía, estrellada y dispersa, con materia y origen reconocibles.
Desde el hombro a la uña: una herramienta
del mundo, un prodigio de voluntad
material. Un suceso sin fin.
¡El brazo humano!

II

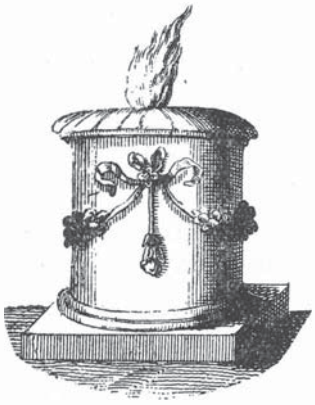
Pero no. Todo es sólo la misma
carne o masa
obedecida, que como una ola pura
cubrió la arena o hueso de ese brazo.

Hasta llegar caliente, viva a la mano extendida
y allí romper como una onda que muere
salpicando, ya abierta entre los dedos.

El brazo así completo nació y puso
su peso mineral sobre la piedra.
Movió el agua, plantó el árbol, quebró el cerco
de la masa uniforme: el mundo inerte.

Hizo el fuego, tejió el lino imprevisto,
forjó el hierro, fundó la rosa viva.
Izó la rosa viva, el faro vivo.
Rasgó la tierra y derramó los trigos
como un océano verde sobre el mundo.

Se alzó, en su fin la mano, y otra mano
desde el confín llegó, estrechó: cercaban
la redondez entera del planeta.
¡Dos manos estrechadas, y su brazo,
rodeándola,
eran límite vivo de la tierra!



VICENTE ALEIXANDRE

A VICENTE

VICENTICO, Vicentico,
ya te lo decía yo:
la gran zorra de la vida
nos ha engañado a los dos.

Cuando los jueves te miro
retrepado en tu sillón,
pienso en Dámaso y Vicente
(y en Ramón, que nos dejó).

Ay, noches de la locura,
noches «de color salmón»,
juegos de vida y de muerte,
comisaría y alcohol.

Placer buscaba la carne.
El alma buscaba a Dios.
Tras la belleza impoluta;
tras la absoluta expresión.

Hoy todo «pompas prefúnebres»,
vanidad y similor.
Huele a pluscuamputrefacto
(¿Pretérito? Digo yo...).

Cuando los jueves te miro
retrepado en tu sillón,
tan estirado y tan grave,
me corre como un temblor:

pronto hemos de estar más graves,
más estirados los dos.
(Allá, en lo negro absoluto,
ni una línea, ni una voz.)

Vicentico, mi Vicente,
hijito, te dije yo
que esa zorra de la vida
nos la jugaba a los dos.

Abril, 1959.

DÁMASO ALONSO

VICENTE EN ACADEMOS

EL jardín de Academos, donde se habla o se escucha sentado, estaba creado desde hace veinticuatro siglos para Vicente Aleixandre. Hoy ya empieza a parecer comprensible. Fuerza de la costumbre. Pero recordemos lo sensacional de la noticia en 1949. La incorporación del poeta a un Instituto de tan tradicional abolengo como es la más antigua de las Academias Españolas, obligada por lema y designio fundacional a la fijación y esplendor de la lengua y con ella de la poesía, literatura y ciencia filológica, no dejó de sorprender a cuantos pensaban en un necesario retraso del gusto académico sobre la palpitación viva del siglo, a cuantos estimaban que el límite máximo de la tolerancia académica se hallaba muy por debajo de las cimas sublimes a que se había alzado el verbo creador y tumultuoso del poeta, difícil entonces y todavía hoy para las mayorías.

Los comentarios de prensa giraron sobre el hecho de que la Academia que ya había acogido sin escrúpulo a la poesía neorromántica o a la creacionista, llamase a su seno nada menos que a la sobrerrealista. Pero esto, ya se ha visto, es punto discutible. La poesía de los libros más escandalosos de Aleixandre es verdad que no hubieran llevado a su autor a la Academia de haberse detenido en ellos su órbita creadora. Pero en cualquier caso entre la poesía de "Pasión de la tierra" o de "Espadas como labios" y la de los poetas iniciadores y denominadores de aquella tendencia, hay la misma distancia que entre la novela naturalista y determinista de Zola y la de los primeros libros de Emilia Pardo Bazán o de Armando Palacio Valdés. Basta leer el librito de la autora de "Los Pazos de Ulloa", el de la polémica de "La cuestión palpitante", para ver cómo tenía absoluta razón al defenderse de ese encasillamiento. Y hoy sentimos que entre ella y un adversario como Pereda había mucha menor distancia que entre ella y los novelistas franceses. La prueba la tenemos en que también el propio autor de "Sotileza" fué acusado de naturalista y tuvo que defenderse señalando sus modelos y precedentes no en Francia, sino en la vieja España de Cervantes y Quevedo.

Del mismo modo la poesía, en aquellos libros de Aleixandre, obedece no a ninguna moda de ultrapuertos, sino a una evolución interior, autónoma y necesaria, a una comunicación con el espíritu del tiempo que le llega al poeta a la vez que a otros poetas de lengua española, sin sometimiento alguno a fórmulas ni a teorías que indudablemente le repugnaban. En todo caso, a partir de "La destrucción o el amor", la poesía

de Aleixandre se liberta de todo contubernio y se clarifica en un vigoroso impulso hacia la vida total y cósmica, a la par que su dominio de la lengua y de la expresión poética llega a un esplendor retórico y poético en verdad soberano y magistral.

Este último punto tiene una enorme importancia para comprender la decisión académica de 1949, porque lo que al Cuerpo celador de los tesoros del idioma interesa no es el color estético de la poesía o de la literatura que el artista adopte, sino el señorío idiomático y el equilibrio mental que en la obra se manifieste con una personalidad impuesta ya por su sola fuerza evidente, si no en la popularidad máxima de la muchedumbre ingenua, sí en la gloria íntima de los mejores y en la orientación fatal de los jóvenes que señalan con su acatamiento la madurez de los maestros.

Si en la Academia se trabaja para limpiar, fijar y dar esplendor al idioma de lo último, de lo del esplendor se encargan por excelencia y dignidad del oficio los poetas y Vicente Aleixandre lo vienen cumpliendo soberanamente desde hace muchos años. El poeta tiene el derecho de crear y de recrear la lengua, a él le toca bruñir los viejos vocablos y anticipar la acuñación y lanzamiento de los nuevos. Tal palabra la usa hoy cualquier hispanohablante porque hace siglos la descubrió Juan de Mena, la autorizó Garcilaso o la inventó Góngora o Quevedo. O ayer no más por la mañana la echó a rodar como una moneda de oro el prodigioso minero que se llamó Rubén Darío. A Vicente Aleixandre le cabe ya, por natural destino desde que sus ojos claros y perpetuamente cándidos se asomaron a la luz del mundo, la responsabilidad y la gloria, si no de haber inventado neologismos de léxico que para nada le hacen falta, sí de haber descubierto en singulares palabras y en concretos giros estilísticos bellezas y posibilidades desconocidas, de tan palmaria eficacia, que ya se van vulgarizando y propagándose, filtrando por las distintas capas sociales la electricidad, el magnetismo misterioso de tales modos de decir inventariados y por tanto inventados por el poeta.

Una observación final para los que piensan—todavía hay algunos—que la investidura académica coarta, envejece y esteriliza a poetas y escritores de creación. Es normal que llegada cierta edad, cese la etapa inventiva o exploradora del artista, a quien lo que de veras le apasiona es profundizar en sí mismo en busca de una claridad, sencillez y emoción mayores. Pero esto nada tiene que ver con un nombramiento que, después de todo, siempre resulta accidental para la obra del poeta. En cuanto al caso de Vicente como al de sus colegas y amigos de hoy, en nada se nota el menor cambio. El era ya de siempre académico por distinción y cortesía amistosa y social. Y por eso se mueve en los salones de la Casa como el pez en el agua. Sus libros de académico son exactamente iguales de lo que hubieran sido sin serlo. Tan extraburgueses y tan aleixandrinos. Y otro tanto sucede con los de los otros poetas aludidos. Como dijo uno de ellos, cuando se lo echaban en cara con retintín: "A mí, que me registren."

GERARDO DIEGO

«LA MIRADA INFANTIL»

A Vicente.

COMO un niño que en la tarde brumosa va diciendo su lección y se duerme.

El aire, suspendido, péndulo del ensueño...
El milagro en el mapa ahuecando sus flores...
El cristal derramándose como sangre del día...

Y allí sobre el magno pupitre está el mudo profesor que no escucha.

Un jardín aletea bajo el verde crepúsculo...

Y ha entrado en la última hora un vapor leve, porfiado pronto espesísimo, y ha ido *envolviéndonos* a todos.

Deshila la armonía sus delgados compases...
...estudia sus lecciones de sueño la memoria...

Y se alza la voz todavía, porque la clase dormida se sobrevive.
Una borrosa voz sin destino, que se oye y que no se supiera ya de quién fuese.

Alumno y sol de lata...
mueven su juego antiguo bajo el jardín del agua...

Y existe la bruma dulce, casi olorosa, embriagante,
y todos tienen su cabeza sobre la blanda nube que los envuelve.

¡Cierra el silencio al día!...

Y quizá un niño medio se despierta y entreabre los ojos...

...(¡Mi cuerpo es el silencio!)
¡Se me quiebra en la frente la flor de todo el sueño!



EMILIO PRADOS

ODA ENTRE ARENA Y PIEDRA A VICENTE ALEIXANDRE

TU padre el mar te condenó a la tierra
dándote un asesino manotazo
que hizo llorar a los corales sangre.

Las afectuosas arenas de pana torturada,
siempre con sed y siempre silenciosas,
recibieron tu cuerpo con la herencia
de otro mar borrascoso dentro del corazón,
al mismo tiempo que una flor de conchas
deshojada de párpados y arrugada de siglos
que hasta el nácar se arruga con el tiempo.

Lo primero que hiciste fué llorar en la costa,
donde soplando el agua hasta volverla iris polvoriento
tu padre se quedó despedazando su colérico amor
entre desesperados pataleos.

Abrupto amor del mar, que abruptas penas
provocó con su acción huracanada.
¿Dónde ir con tu sangre de mar exasperado,
con tu acento de mar y tu revuelta lengua clamorosa
de mar cuya ternura no comprenden las piedras?
¿Dónde?... Y fuiste a la tierra.

...Y las vacas sonaron su caracol abundante
pariendo con los cuernos clavados en los estercoleros.
Las colinas, los pechos femeninos
y algunos corazones solitarios
se hicieron emisarios de las islas.
La sandía, tronando de alegría,

se abrió en múltiples cráteres
de abotonado hielo ensangrentado.
Y los melones, mezcla
de arrope asible y nieve atemperada,
a dulces cabezadas se toparon.

Pero aquí, en este mundo que se resuelve en hoyos,
donde la sangre ha de contarse por parejas,
las pupilas por cuatro y el deseo por millares,
¿qué puede hacer tu sangre,
el castigo mayor que tu padre te impuso,
qué puede hacer tu corazón, engendro
de una ola y un sol tumultuosos?
Tiznarte y más tiznarte con las cejas
y las miradas negras de las demás criaturas,
llevarte de huracán en huracanes
mordiéndote los codos de cólera amorosa.

Labranzas, siembras, podas
y las otras fatigas de la tierra;
serpientes que preparan una piel anual,
nardos que dan las gracias oliendo a quien los cuida,
selvas con animales de rizado marfil
que anudan su deseo por varios días,
tan diferentemente de los chivos
cuyo amor es ejemplo de relámpagos,
toros de corazón tan dilatado
que pueden refugiar un picador desperezándose,
piedras, Vicente, piedras, hasta rebeldes piedras
que sólo el sol de agosto logra hacer corazones,
hasta inhumanas piedras
te llevan al olvido de tu nación: la espuma.
Pero la cicatriz más pura y vieja
reverdece en herida al menor golpe.
La sal, la ardiente sal que presa en el salero
hace memoria de su vida de pájaro y columpio,
llegando a casi líquida y azul en los días más húmedos;
sólo la sal, la siempre constelada,
te acuerda que naciste en un lecho de algas, marinero,
¡oh tú el más combatido por la tierra,
oh tú el más rodeado de erizados rastrojos!,
cuando toca tu lengua su astral polen.

Te recorre el Océano los huesos
relampagueando perdurablemente,
tu corazón se enjoya con peces y naufragios,
y con coral, retrato del esqueleto de tu corazón,
y el agua en plenilunio con alma de tronada
te sube por la sangre a la cabeza como un vino con alas
y desemboca, ya serena, por tus ojos.

Tu padre el mar te busca arrepentido
de haberte desterrado de su flotante corazón crispado,
el más hermoso imperio de la luna,
cada vez más amargo.

Un día ha de venir detrás de cualquier río
de esos que lo combaten insuficientemente,
arrebatando huevos a las águilas
y azúcar al panal que volverá salobre,
a destilar desde tu boca atribulada
hasta tu pecho, ciudad de las estrellas.
Y al fin serás objeto de esa espuma
que tanto te lastima idolatrarla.



MIGUEL HERNÁNDEZ

LA LABOR DEL POETA

(Homenaje a Vicente Aleixandre.)

TÚ, poeta, corazón solitario.
Supiste del amor porque eres hombre.
Amaste la verdad de la llanura,
y tus ojos antiguos percibieron
en el hondo horizonte la callada
incógnita.
Nunca pude decirte qué milagro
arde en tus ojos de planeta ciego,
qué costado de luz hay en tu vida
cuando tú miras temblorosamente
caer la noche en la extensión vacía.

Porque yo sé muy bien qué nos ocultas.
En tu rincón de sombra hay un vilano
de luz, hay un punto de cálida corola
y tú la miras largamente mientras
la noche cae muy honda. Todo duerme,
todo calla en la noche. Mas palpita
la luz pequeña en el rincón sombrío
su celeste inocencia, su purísima
realidad.
Están ocultas todas las estrellas,
todo se entenebrece sobre el mundo.
No hay consuelo que pueda aligerarnos
el corazón. De pronto has levantado
tus manos rudas hacia el firmamento.
Necesitado has toda tu vida
acumulada para hacerlo. Eran
muy pesadas tus manos,

como de piedra o de metal muy duro.
Has elevado con dolor tus puños
entre la noche. Se entreabrían lentos
con esfuerzo de siglos, de raíces
que avanzan. Como debajo de la tierra abrías
tus manos
entre la densidad de la materia
sombría. Y allá lejos
en el fúnebre espacio, entre la espesa
sombra,
pudiste abrir al fin sangriento el puño
y exhalar para todos los humanos
fraternos, que tú amabas,
la luz que tú miraste,
la leve luz que acompañó tu vida.

Hela brillando para todos leve,
para todos celeste y diminuta; hela brillando
no sé si como un agua de frescura,
mas sé que da frescura,
no sé si como un río o una gota
de un río transparente.
Un agua que ha corrido muy despacio,
que ha resbalado lenta por tu vida,
que ha emanado de vida temblorosa,
desde viejas raíces, desde rotas
cavernas soterradas.
Desde un amor de rocas soterradas.
Un amor por el mundo, por el mundo
de angustiadas sazones, de roídas
esperanzas, de ciegos exterminios;
un mundo pobre de lamida pena,
de triste horror, de ocaso envejecido...

CARLOS BOUSOÑO

MURAL PARA VICENTE ALEIXANDRE

EN su frente da el sol, él mira al filo
de la piedra que canta sin figura,
él mira, ¿en qué pared?, agua, verdura
de mar enarbolado y selva en vilo.

Ve de frente el misterio como un hilo,
una fiera de amor que nos tortura;
para él la belleza es levadura,
fuego viviente la Venus de Milo.

Su puerta se abre al sol. Comprometida
la verdad con el sueño, siempre quiso
ser leal en el verso y la partida.

Graben en su homenaje—chopo o friso—
sus iniciales, que él: Muerte, Amor, Vida,
mira un mural con luz del Paraíso.

ELADIO CABAÑERO

CANTATA EN ALEIXANDRE (1)

PARA los corazones más sencillos,
para los complicados tormentosos,
tú, fuiste, tú, poeta conducente.
Tú al fin, tú para todos luminoso.
Para la mano seca de intemperie,
para el nervio delgado y flagelante,
para el ojo parado, para el labio
que curva una sonrisa perniciosa,
para el pulmón sobrado de ramajes
y la convulsa sierpe que le enrosca,
para el pie con raíces, para el hueso
que aguanta secamente y estructura,
para el exceso de carne tumefacta,
para el vivo que vive y para el muerto
que levanta tu voz animadora,
para el que tanto entiende y arrebatas,
para el que nada entiende pero encalmas,
para todos, distintos, y hoy fundidos
en la luz de tu origen y tu canto.

(1) Libro de inmediata aparición.

GABRIEL CELAYA

A VICENTE ALEIXANDRE

TU tiempo es ya del Tiempo. Pertenece
al transcurso del tiempo sin desgaste.
Te paras y contemplas. ¿Quién te llama
y turba tu mirar...? ¿No eres lo eterno?

Unos ojos que miran, y una frente
que piensa lo que miran esos ojos.
Una boca callada, o que recoge
y devuelve los cánticos del mundo.

Es ahora que todos te contestan
y que sumas al coro de tus bienes,
cuando el tiempo, los años, son sesenta
y parecen, tan densos, varios siglos.

Y parecen, también, las primaveras
que conservas de niño o adolescente;
unos años de luz y de sonrisas,
unas manos que turban las estrellas.

Tú no vas ni regresas: eres ello,
lo que cuenta y vigila, lo que vive
en el alma y el cuerpo del que sueña
con hallar, para sí, lo que es su esencia.

Quedarás en lo cálido del hombre,
quedarás en la entraña de su idea:
porque tú, silencioso o derramado,
eres ya consecuencia de ti mismo.

Una fecha de ti, la circunstancia
de tu andar y vivir entre nosotros.

Y es de siempre saberte, es de nunca
que tú puedas salir de lo perpetuo.

Cuando estás en los árboles, tan solo
como estás cuando otros te rodean,
solamente te tiene la que cantas
en sus brazos de luz no fugitiva.

A ese estar en tu ser más acendrado,
que se liga, glorioso, a la armonía
que construye y contiene, que levanta
monumentos de amor en las criaturas,

me dirijo y le auguro entre mortales
un estrecho y radiante, vinculado
persistir de alegrías y de hallazgos
que a los tiempos entreguen tu palabra.

Pasarán los que no te conocieron.
Pasarán los que, sordos a tu obra,
no equilibren su alma con la tuya
y por ti se valoren a sí mismos.

Pero tú, gran Vicente, tú no pasas
si es verdad que la vida no se agota.
Tú eres ya (¡y lo sabes!) lo que queda.
Tú eres tiempo de Dios. Eres Poeta.

CARMEN CONDE

HOMENAJE A VICENTE ALEIXANDRE

PALABRAS QUE CRECEN

MEMORIA de un tiempo
de interrogación,
como quien buscara
la tierra en las manos,
antes de perderla,
y entre las palabras
una fuerza oculta.

Memoria de un tiempo
de clara elección,
como si me dieran
a escoger entonces
entre tantos sueños
el más verdadero,
de día y de noche
necesariamente
el único cierto.

Al que se pregunte,
como yo lo hiciera,
futuro también
de interrogación.
En un mar turbado,
piedra viva, ardiente,
en la incertidumbre,
palabras que crecen.

ALFONSO COSTAFREDA

DE OTRO CAMINO A OTRO CAMINO

«DE otro camino
a otro camino», de otra
luz a otra luz,
encrucijada
lenta de vida y sueño,
avanzas,
cubres los hitos
—la vastedad
del ámbito inicial,
el labio
de la espada,
la pasión
terrenal o destructora,
el mundo solitario,
la recobrada
sombra,
el postrer
nacimiento,
la llama
y el latido fijados para el tiempo—.
Ya tranquila
la mano espera distintas singladuras
y el cauce eterno,
remansado un punto,
sueña la luz de nuevas avenidas.

JAIME FERRÁN

RIO-VICENTE

"Ven a mi casa a verme y charlaremos."

(Invitación de Vicente Aleixandre a todos los poetas.)

Y vamos. Como a un río cuya canción nos llama.
Río-Vicente, río sin pared, río-arteria
desnuda, que, al verterse, acrecienta la sangre.
Y vamos. Y hace fresco para el alma y la frente.
(Sombra del Paraíso en tus orillas.)
Y hace paz. Y charlamos del mundo de los hombres.
(La historia apasionada del corazón, fluyendo.)
Y hace poesía. Y suena. Las palabras vulgares
se inflaman de belleza y encienden las paredes.
Pasa el tiempo. Y no pasa. Y sentados al borde
de tu caudal sereno, río-amistad, Poeta,
quisiéramos sacarnos del bolsillo o del pecho
chinitas de colores, secretos versos, vida.
Y echártelos al agua, y dejarlos contigo
para que vayan, nuestros, cantando en tu corriente.

ÁNGELA FIGUERA AYMERICH

A VICENTE ALEIXANDRE

TÚ has puesto más, Vicente. Porque llevo
la cuenta, hace años, versos, que quería
decírtelo. Y lo escribo. Y todavía
no quedo en paz. Está lo que te debo

en pie, como aquel día que me atrevo
a recordar ahora. Digo, el día
en que mi mano temblorosa abría,
cegada, un libro tuyo... Evoco, elevo

ya no sé qué lejanas arboledas
de amor o destrucción, qué garras, sedas
de palabras, perdido en la aventura.

Y no ver, y creer lo que ahora veo.
Y no volver los ojos más de Orfeo.
¡Oh, cuánta luz entre la selva oscura!

JOSÉ GARCÍA NIETO

COMO EL AGUILA

A Vicente Aleixandre.

EL conocía el sitio
en donde todos los caminos que siguen los poetas
se unen, él sabía el lugar exacto.

Allí construyó su casa, alzó los estandartes
de su poesía y de su permanencia.
Luego, fundó un diván,
al que dió su largura inacabable.

Tendido, dejó su fantasía en libertad,
y sometió el trabajo de su mano de rey
a una austera y terrible penitencia.

Mientras tanto, el mundo se iba renovando con él,
y hubo gritos, y fuego, y reuniones,
y cuando todo concluyó, él estaba
dolorido y sonriente por encima del odio.

De nuevo
los poetas se pusieron en marcha,
y a su casa fueron llegando.
No se recuerda que ninguno
se quedara sin conocer su voz,
su aliento de franca bienvenida
en el reposo de la biblioteca.

En los manuales, en las historias y en el paraíso,
tuvo un lugar considerable,
y su apellido ya campea
en las generaciones y países.

Cada vez de cristal más diáfano,
sigue bebiendo de su propia copa.
y saluda, saluda su alegría,
al tiempo y los viajeros.
Allí le encontraréis, poetas, en su torreón
sobre el camino, en su diván
de plumas y de piedra, sonriendo,
sonriendo eternamente,
sonriendo.



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

INAUGURACION DE MONUMENTO

A Vicente.

LOS hombres graves desaparecieron
después de haber clavado al mediodía
su bastón de solemnidad.

Quedó sola la estatua. Y quedó el niño
a su sombra, riendo. Era evidente
como la hoja verde; inexplicable
también como la hoja verde.

¿Qué hacía el niño aquél? ¿Quién era? ¿Cómo
vino hasta allí? Y ¿por qué? Súbitamente
el niño desapareció.
Y no como los hombres de antes, esos
del canto llano del discurso.
No: como un ángel o una melodía;
así fué: como el viento o el amor.

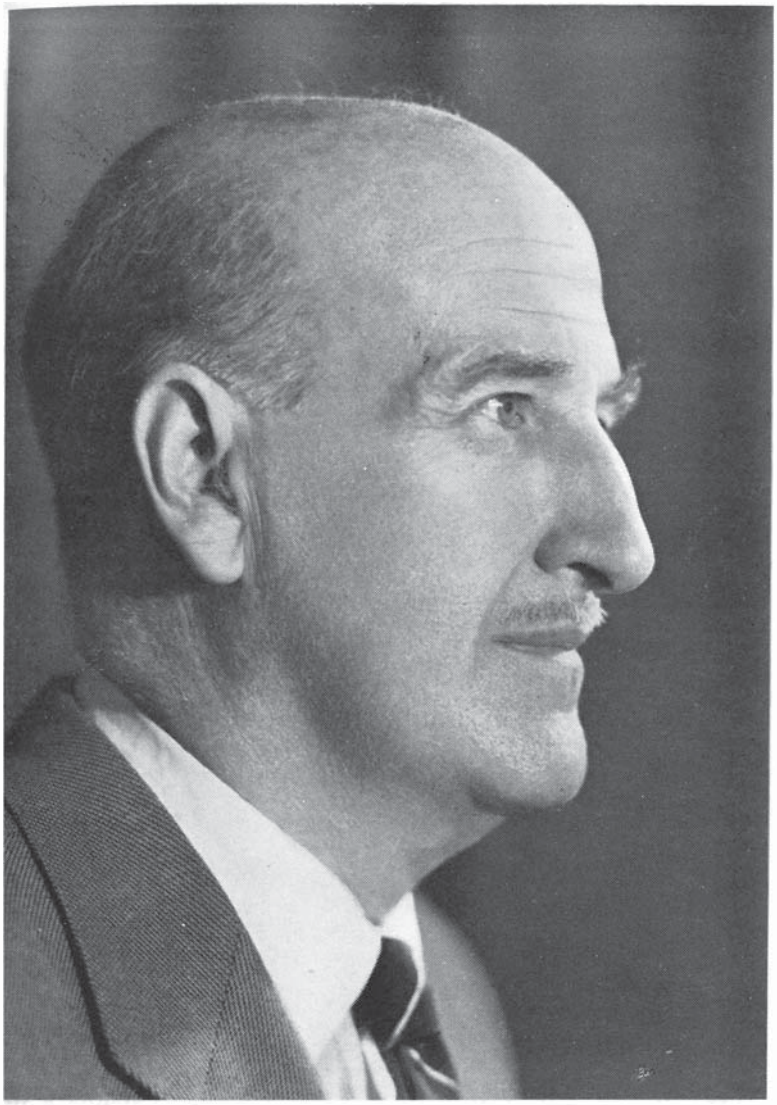
La estatua aquélla señalaba
hacia el lugar justo del hombre,
el que rompía sus cadenas, lágrima
a lágrima. Y su exvoto era la propia
estatua, cincelada verso a verso,
imán para el recuerdo, testimonio
liberador, inmortalizador.
Allí, donde indicaba el brazo, allí
estaría el poeta, el hombre, oculto,
acechando su gloria, imaginando
lo porvenir. Detrás de los arriates
estaría: su vida clara,
sin peso. Entré...
Allí estaba
el niño. Y comprendí.

JOSÉ HIERRO

El Mar

¿Quién dijo acaso que la mar suspira,
labio de amor hacia las playas, triste?
Dejad que envuelta por la luz cumpla.
¡Gloria, gloria en la altura, y en la mar, el oro!
¡Ah, soberana luz que en nube, canta
la inmarcesible edad del mar gigante!
Allá, reverberando,
sin ti cumplo, el mar existe.
¡Un corazón de dios sin muerte, late!

Vicente Aleixandre



VICENTE ALEIXANDRE

(Foto Lagos.)

ARTE POETICA

CADA día está más claro que toda poesía lleva consigo una moral.

El poeta llama a comunicación y su punto de efusión establece una comunidad humana.

A través de la poesía pasa prístino el latido vital que la ha hecho posible, y en este poder de transmisión está el único secreto de la poesía, que no consiste tanto en ofrecer belleza cuanto en alcanzar propagación, comunicación profunda del alma de los hombres.

¡Ay del poeta que ante todo busca la belleza! El que quiera salvarla la perderá.

Toda poesía es multitudinaria en potencia, o no es.

No hay más que un poema verdadero: el de la inmanente comunicación.

La comunicación que la poesía *in actu* establece entre los hombres, entre otras cosas, prueba conmovedoramente lo ridículo de las "torres de marfil", por no decir su inmoralidad.

La emoción que al poeta verdaderamente apasiona es la de los que dicen que no "entienden" de poesía.

El poeta que al fin se decide a escribir para sí mismo lo que hace es suicidarse por falta de destino.

La poesía supone por lo menos dos hombres. No existen los poetas "solitarios".

Hay épocas graves de urgentes crisis, en que se tiende a juzgar a los poetas no por su poesía, sino por su moral implícita. Ellas ponen de manifiesto, por modo exasperado, hasta qué punto el ético es un valor insoslayable en el complejo artístico.

Desconfiemos del poeta que dice preferir la poesía a la vida. (Y también de los que no lo dicen, pero se les nota.)

El poeta es el hombre... intensificado. Esta acentuación casi siempre se vence por un costado, y no importa; rara vez es ar-

moniosamente completa: Goethe. Tan rara entonces, que se le suele llamar inhumana.

El poeta tiene mucho más que ver con el ignorante que con el semiculto.

Sed sabios e inocentes, dijo el poeta a sus amigos.

Ser poeta es acercarse a la verdad. Su "irisación" poética es el modo de hacerse sensible.

La pasión del conocimiento (y deberíamos poder añadir: y la de la justicia) está ínsita en el artista completo.

Un poeta de quien se alabase la imaginación y la fantasía podría decir con entera verdad: El poeta inventa muy poco.

Pues la imaginación, conviene indicarlo, no es don de invención, sino de descubrimiento.

La poesía no es una diosa exenta. Sólo sobrevive en cuanto sirve a los hombres.

Servir: la única libertad de la poesía.

La "irisación" por la que la poesía descubre la profunda verdad a alumbrar crea el punto de efusión que hace posible su comunicación humana.

Si examináramos la trayectoria que el amor a un poeta muerto ha seguido a través de las edades, observaríamos qué diferentes fisonomías vieron en él las generaciones que se sucedieron.

Es sólo a su capacidad de renovación después de muertos a lo que los poetas deben su supervivencia.

La forma en poesía no es cárcel ni ornamento; es sencillamente la justa y coloreada apariencia visible.

Las calificaciones a la poesía se cargan de sentido mudable. Decir hoy, algunas veces, "prosaísmo", "prosaizante", si nos entendemos, tiene levemente trasladada su significación y no indica especial demérito. Es simplemente una notación temporal, de reacción. Se yergue frente a "exquisito", calificación obtenida por amanerada renuncia y que hoy parece el ideal de lo indeseable.

En todo el ámbito de la poesía se mueve el poeta completo. Su pie cierto reconoce, crea límites naturales.

El universo del poeta es infinito, pero limitado.

VICENTE ALEIXANDRE

ACOMPAÑADA

A Vicente Aleixandre, por "Historia del Corazón".

SOBRE mi mesa coja,
y entre la sombra larga de los días,
tu libro
inundando de luz
las apagadas horas de mi vida.
Era un latido que renovaba
la dolorida sangre de mis venas.
Un respirar profundo
cuando mis pulmones,
oprimidos
por la angustia creciente, se detenían.

Allí, sobre la mesa,
tu libro
transfundiendo
con su calor vital
la amarga soledad en que yacía.
Tus palabras—sin palabras de nadie—
las iba haciendo suyas
mi agonía. Porque tú me hablabas.
Te sentía aventar
sobre mi noche cierta
tu susurrante voz. Enamorada.

A veces,
una puerta se abría
y una voz repelente que exclamaba
«ya están todos los huéspedes cenando»
me hacía despertar.

Pero yo ya vivía. Tus palabras,
lo mismo que las aspas
tercas y leves de un molino viejo,
giraban en mi corazón.
Y, mientras otros hablaban largamente de fútbol,
yo escuchaba abstraída:
«...Abdica de tu propio dolor. Distiende
tu propio corazón contraído...»
«Pero otro día toco tu mano. Mano tibia.
Tu delicada mano silente...»

Si mi cama alquilada,
las manchas de humedad de las paredes
y aquellos muebles viejos hoy hablaran,
te podría decir cuánto he vivido
allá en mi muerte joven
con esta humana historia—tan sencilla en su pálpito—.
La humana historia de tu corazón.



MARIA ELVIRA LACACI

HOMENAJE A VICENTE ALEIXANDRE

I

("ÁMBITO")

NADA somos si no somos un río
de luz adolescente hacia las
de la Belleza. Como niños ciegos
fuimos a abrir de par en par su ámbito,

fuimos a atravesar su dintel puro;
aún era más, aún era más que lo soñado;
poseer, dioses jóvenes, lo bello,
hacer de la hermosura nuestro canto.

Fuimos a abrir, a tocar casi, casi
a hacer nuestra la luz hermosa, cuando...
«Vinieras y te fueras dulcemente...»
Cuesta llorar ahora recordarlo.

Y cuesta renunciar. Adolescentes
ojos: mirad cómo se apaga cuanto
creisteis ver perpetuamente puro,
perpetuamente en el azul intacto.

II

("PASIÓN DE LA TIERRA")

NADA somos si no somos tiniebla
que busca luz apasionadamente,
transeúntes por ciegas galerías
de una provincia de silencio y muerte.

Porque tal era nuestro reino: un cielo
negro, luz al revés, tallo que crece
hacia dentro. Tal era nuestra patria.
Todo su centro halla en este vientre.

Nada, nada es distinto. En este fondo
donde podridas laten las simientes

por espejos de sombra nos miramos
reflejada la imagen no celeste.

Oscuro fuego, negra luz, a opacas
llamaradas ardemos. Con los dientes
nos arrancamos torpes claridades.
Puede pasar ahora el primero, puede

arrojar su disfraz, sus vestiduras
falsas, en esta hoguera, en este
último pozo en que la vida ciega
a oscuras cobra su verdad luciente.

III

("ESPADAS COMO LABIOS")

NADA somos si no somos la sangre
que mana de lo oculto de una herida,
las uñas que desgarran tercamente
el harapo burgués de la mentira.

Puede arrojar, ha de arrojar cada uno
su máscara penosa, la ceniza
que oculta la verdad, la costra impura
que recubre la llaga de la vida.

Hay que dejar la llaga al rojo vivo,
tocar la llaga de la carne viva
debajo de la muerte milenaria,
detrás de la mortaja antigua.

Muertos estamos hace muchos años.
Tras de la falsa muerte resucita
la pura realidad, la verdadera
realidad neta, libre de ignominias.

Libre de torpes motes. Unos labios
como espadas que cortan y acuchillan,
entre sus puros filos la palabra
pura y liberadora precipitan.

IV

("LA DESTRUCCIÓN O EL AMOR")

NADA somos si no somos esquirlas
de este astro incandescente, piedras rojas,
cuerpos ardidos, minerales ciegos
girando como chispas en las sombras.

Carbones desprendidos de la inmensa
lava que cae, entre mortal y hermosa,
rastros de luz quemante sobre el tiempo,
sobre la muerte pena de la escoria.

Brillamos un instante, fugitivos
relámpagos, imán contra otra boca,
contra otros dientes y mordemos esta
hermosura que gime, esta congoja.

Cálida arena, playa donde pone
el mar su soledad fría y remota.
Extinguida ceniza que fué pluma.
Los astros, impasibles, en sus órbitas.

V

("SOMBRA DEL PARAÍSO")

NADA somos si no somos reflejo
de la inmensa alegría de la tierra,
nostalgia de alegría que perdimos
hacia la soledad y la tristeza.

Los remotos orígenes llevamos
aún destellando en las pupilas, esas
breves patrias redondas donde el mundo
sus líneas puras, luminosas, deja.

Vamos entre el dolor y la esperanza
dando a la vida lentamente vueltas,
protagonistas de una antigua historia
que hermosamente se recuerda.

Perdido amor, perdida fe, perdida
libertad. Estos somos. Estos eran
vuestros remotos habitantes, hombres
que aún llevan luz, aunque anden en tinieblas.

VI

("NACIMIENTO ÚLTIMO")

NADA somos si no somos materia,
sustancia de las cosas confundida.
«Hombre, tierra perenne». Casi sólo
barro que respiramos o ceniza.

Nada somos si no somos raíces
ya sepultadas, ya a la luz erguidas.
Trozos vivos de muerta tierra, muertos
trozos de pura tierra viva.

VII

("HISTORIA DEL CORAZÓN")

NADA somos si no somos los otros,
si en los demás no nos reconocemos,
si no arrimamos nuestra propia leña
para entre todos encender el fuego.

Vamos andando sobre antiguos pasos
y para otros el camino hacemos
y en nuestros hombros el destino pone
igual que en otros hombros, este peso.

No estamos solos. (Corazón, tú sabes
que soledad no fué cantarte: dentro
de ti habitaba siempre aquella hermosa
sombra que nos hacía dos y eternos.)

Esta voz es el río que desciende
desde los montes si se funde el hielo.
Baja copiando hondos paisajes.
Contemplaos ahora en sus espejos.

Esta es la historia: somos sombra alzada
hacia la luz. Ramas que abate el tiempo.
Pero el árbol persiste y la luz siempre.
Esta es la historia. El corazón. Los nuestros.

VIII

(LA OBRA)

NADA es la poesía si no un río
adolescente y hacia la hermosura.
Nada es la poesía si no es sombra
que apasionadamente la luz busca.

Nada es la poesía si no es sangre
que de la humana herida abierta surta,
nada, si no es esquirla
de una amorosa pugna.

Nada es la poesía si reflejo
no es de vital y dulce pulpa.
Nada, si no es materia
que con la tierra se confunda.

Nada es la poesía si de todos
no pone la esperanza junta.
Nada es la poesía si la vida
no es, real y verdaderamente única.

IX

(EL POETA)

PODÉIS oír su lenta voz humana,
mirar sus claros ojos extendidos
sobre las cosas, contemplar sus manos
reales flotando entre los libros.

(En el jardín de Velintonia pone
el Guadarrama su halo cristalino
y por la fronda familiar del cedro
el tiempo deja su rumor continuo.)

Podéis ver la figura, humana y firme,
sentir el golpear casi, el latido
del corazón, el paso de la sangre
empujando la vida, como un río.

(En el jardín de Velintonia deja
la vida su resaca. Mar antiguo
sobre la playa. Espuma
remota y oleaje fugitivo.)

Podéis llamarle por su nombre ahora:
—Vicente.
Veis. Oís. Habréis creído.
El poeta es un hombre que trabaja
con el milagro verdadero y vivo.

LOS LIBROS DEL POETA

A Vicente Aleixandre.

COMO espadas tus versos, selva edénica,
van cubriéndote, glauca, la mirada.
Como labios de céfiro, el silencio
besa la soledad débil del agua.

La destrucción del muro de los sueños
o el amor que tu cántico proclama,
pone en fuga el silencio de los pájaros
de la dicha inicial. La aurora canta

el nacimiento último del lirio
junto con el albor de la mañana.
Un corazón herido de tristeza
su historia cuenta y tu rumor propaga.

Tu altiva torre, paraíso umbrío,
tiene tu voz al son de su campana.
Tocando a verso—un ángelus remoto—
el poeta te escucha. Tú le hablas.

JOSÉ GERARDO MANRIQUE DE LARA

VICENTE, EJEMPLO

Homenaje a V. A.

TENIENDO en cuenta que la primavera
se dispone a invadir ciudades y noticias,
teniendo en cuenta que si alguien
va por la calle y se detiene y mira
a lo alto fijamente y largamente
(un avión, una golondrina,
un andamio crecido de albañiles,
una muchacha en su balcón, florida),
todos levantan la cabeza
y miran lo que él mira,
teniendo en cuenta que los hombres
son simples, pero buenos en definitiva,
un misterioso, un claro,
un transeúnte lento de la vida,
un poeta, un poeta silencioso,
desde su calle con sesenta esquinas
se ha puesto a mirar largamente y fijamente
arriba,
al cielo, a la esperanza,
a la alegría,
al único cenit donde el amor
relumbra como un vino de delicia
y el corazón descubre a los atónitos
su historia eterna y viva.

MANUEL MANTERO

A LOS SESENTA AÑOS DE VICENTE ALEIXANDRE

¡QUÉ pura luz emanas
en esta madurez que te circunda!
Fuiste joven,
tan joven, sin embargo,
tan hondamente joven,
que aún persiste en tus ojos la dulzura
adolescente,
en tu voz la pasión de veinte años,
en tu alma el chispazo radiante
de una inacabable primavera.
Con la delicadeza
del artista más puro
que cincela en sí mismo
su obra más hermosa,
tú vas creando el verso que tú eres,
día a día, incansable, fervoroso,
para dejar al mundo
el recuerdo de un hombre...
Mientras tantos jalean
sus méritos insípidos,
tú levantas tu torre milagrosa,
tu pedestal jerárquico,
con la humildad sencilla de todo lo que es grande.
Tú que sabes
escuchar la tristeza de los otros
y consolar tan sólo
comprendiendo,
tú que sabes
amar al semejante con la limpia
solicitud amistosa y que conoces

la palabra que enciende la esperanza,
tú, el poeta,
de humana voz y eterna resonancia,
no envejeces.
Nunca envejecerás. Te veo el mismo,
siempre el mismo, en tu altura
de estar y ser con la verdad en las manos...



SUSANA MARCH

EL SUPERVIVIENTE

A Vicente Aleixandre.

AQUÍ, junto a esta sombra de mar desvanecido
todo tu cuerpo huele a vida prematura,
a niño recién hecho que navega en la espuma
del estiércol que aflora su inútil geografía.
Aquí, junto a esta pausa
que va y viene en la noche,
donde todo se hunde con avidez de rayo,
tu ser se despereza,
se levanta y se yergue
como la sombra misma que quisiera cubrirte.
La muerte ya ha ceñido su cintura concreta
y el mar, ceniza grave, paladea su fruto;
el silencio se asoma al siniestro que muere
en soledad de sombras superpuestas y nulas.
No quiero preguntarte por qué levantas alas
entre tanto cadáver que orilla tu destino;
sólo quiero decirte esas cuatro palabras
que siempre dice uno cuando todo lo ignora.
¡Qué mar, qué desventura!, de qué camino ciego
venían tus relojes ciñéndote a sus horas,
cuando, desde la noche, amaneciste solo,
sin nada donde asirse tu soledad madura.
¡Qué viento, qué trinchera, qué nave congelada
te salvó de la asfixia que quemaba la tierra!
¿Fué, acaso, el hilo terco que une dos edades,
o el soplo milagroso que convoca a los cuerpos?
Aquí, superviviente del vértigo que anula,
entre el polvo transido,
en la lágrima enjuta,
viajero en la sombra del más alto destino,
el poeta te nombra
Poeta de la Vida.

MANUEL MOLINA

A VICENTE ALEIXANDRE

ENTRAR en tu ancho verso es tener en la mano,
en los ojos y el pecho un cosmos entrañable,
es sentir que la vida se entrega como un fruto
y que oscura se vierte por el mar de la sangre.

Tú eres el pecho de la luz, su patria pura,
la patria de los astros que giran incansables,
la patria de los campos, las estrellas y el viento,
la patria de la selva, del águila y del aire.

Tú arrancaste el secreto del amor y la noche,
del triste escarabajo y el corazón mudable.
Desde la tierra honda, desde el mar abismático
a la luz no tocada como la llama naces.

Por tu palabra llego donde mi pie no alcanza
y en tu palabra encuentro lo que en el sueño cabe,
por tu palabra habito la misteriosa patria
donde la vida canta su canción perdurable.

RAFAEL MORALES

EN RECUERDO DEL PERRO DE UN POETA

A "Sirio", que acompañó a Vicente Aleixandre.

A ti, que acariciaste
el destello infinito del traje humano cuando
dentro de él bulle el poema,
a ti, de rumboso bautizo,
que con azul saliva y lengua zalamera
lamiste frescos pulsos trémulos de altas bridas,
unas manos creadoras, con mimo de sal siempre,
ahora que recuerdo
años de amistad limpia,
te silbo. ¿Me conoces?
Fué hace seis años, cuando
mi cadena era de aire, como la que tu amo
te puso, en el jardín. Os mirabais, pisabais,
tú su región inmensa y sin murallas,
él tu reino sin huellas.
¿Quién era el servidor? ¿Quién era el amo?
Nadie lo sabrá nunca,
pero el ver las miradas era alegre.
Un buen día, atizado por todas las golondrinas del mundo
hasta ponerlo al rojo,
callaste para aullar eterno aullido.
No ladraste a los niños ni a los pobres
sino a los malos poetas, cuyo tufo
olías desde lejos, fino rastreador.
Quizá fueron sus hijos
quienes en esa hora de juerga ruin, colgaron
de tu rabo, de tu hondo corazón asustadizo,

la ruidosa hojalata cruel e impresa
de sus vendidos padres. Fué lo mismo.
Callaste. Pero ahora
vuelvo a jugar contigo, desde esta sucia niebla
con la que el aire limpio de nuestro Guadarrama
haría un sol de julio, junto con tus amigos,
viendo sobre tu lomo la mano fiel del amo;
y te silbo, te hablo y acaricio
tu pura casta, tu ofrecida vida,
ya para siempre, «Sirio»,
buen amigo del hombre,
compañero del poeta, estrella que allá brillas
con encendidas fauces
en las que hoy meto al fin, sin miedo, entera,
esta mano mordida por tu recuerdo hermoso.



CLAUDIO RODRÍGUEZ

LA HORA DE LA VERDAD

A Vicente Aleixandre.

SI de repente el gran naufragio
sorprendiera a unos hombres sobre la barca oscura, y una
tabla—nada más una—se quedara
libre en el mar, flotando,
yo llamaría a los expertos en corazón, que están arriba,
y les diría: «A ver, elegid uno
—nada más uno—,
un corazón para que sobreviva.»

Estoy seguro. Allí, bajo la luna,
a la hora del desastre,
sería bien fácil calibrar. (Al agua,
los que no amaron mucho irían al agua,
los no limpios y aun los que no tuvieron
piedad.
Que la verdad a esta hora brillaría...)

Se los llevó la noche a todos.

Incólume, elegido,
sólo tu corazón sobre los mares.

CARLOS SAHAGÚN

POETA Y ARBOL

A Vicente Aleixandre.

NO digamos palabras de allá sobre la altura.
Aquí, desde la tierra, con sencillez de hombre,
porque esto es ser poeta, un corazón abierto,
una mano tendida.

Humana voz y humana la palabra,
la brisa de tu gesto con ramas para todos,
como ese esbelto cedro de tu jardín, Vicente,
que va escalando vida,
enraizando lo azul.

Así, ya la voz tuya por el todo horizonte,
hacia más cada instante,
con paisajes y nidos,
con pájaros y luna,
en un compás de estrellas.

CONCHA LAGOS

Telón de Agora

MIRANDO HACIA ATRÁS CON IRA
EJERCICIO PARA CINCO DEDOS

Dido, Pequeño Teatro de Madrid, ha estrenado *Mirando hacia atrás con ira,* de John Osborne. Es una obra de las llamadas invariablemente "de nuestra época", queriendo significar que sólo obras así atañen a nuestro tiempo. Léase, a este respecto, el revelador ensayo *El Gusto Literario,* de Levin L. Schücking. La obra de Osborne es obra de nuestra época, pero no tiene la exclusiva. Es la representación de uno de los gustos que privan hoy, gusto no gratuito, que va unido sin duda a cosas importantes. Los barbados e irascibles jóvenes sin norte, los incomprendidos melancólicos de nuestros días, han encontrado en ella su expresión teatral de forma vibrante y recia.

John Osborne nació en 1929. *Mirando hacia atrás con ira* es la obra de un dramaturgo nato. Sin referirme a estos hechos, puedo ahora decir que la obra me parece juvenil y excesiva. Apura los extremos con enorme agudeza y esto ha contribuído a su resonancia y a la pasión del público. Lo excesivo para mí es, por ejemplo, *Don Alvaro* o *Hernani*. Y creo que no hay exceso, en la misma tendencia, en *Los amantes de Teruel* o *Traidor, inconfeso y mártir*. Aunque lo excesivo en este caso fuera un ingrediente revelador, completamente lícito. *Mirando hacia atrás con ira* me parece excesiva y no me lo parece *Ejercicio para cinco dedos*. (Los ejemplos románticos no han salido a relucir en vano.)

En la obra de Osborne hay una gran dosis de manifiesto, inteligente por supuesto. Su atmósfera dramática es, a veces, un poquito vieja—como son los discursos—con cierto sabor a descubrimiento o laboratorio ibseniano, y a veces irrespirable como lo es, en muchas escenas, Strindberg. El protagonista, Jimmy Porter, vive el drama por el drama. Lo busca, lo persigue, lo manosea, lo siente, sin perder su rastro. Se persigue a sí mismo. Dialoga consigo mismo como si lo hiciera con Dios. Y la sangre que vierten sus palabras sigue allí cuando acaba la obra. *Mirando hacia atrás con ira* también podía llamarse *Mirando adelante con ira*. No me parece que haga en esto Jimmy Porter demasiados distingos.

Debo decir que la obra de Osborne—que flojeó sólo en el primer acto—es una magnífica obra teatral que interesa siempre, con un diálogo pleno de agudeza e inteligencia, con dramatismo auténtico, con ambición y vigor extraordinarios.

La versión, que ofrecía muchas dificultades, la realizaron con acierto Antonio Gobernado y V. Fernández-Asís. Correcta la dirección de Quinto. Entre los intérpretes, destacó Germán Cobos, admirable, y también Julio

Navarro. En general, todos coadyuvaron al éxito de la obra: María Luisa Romero, Margarita Lozano y Félix Dafauce.

Sólo merece elogios *Ejercicio para cinco dedos,* de Peter Shaffer, estrenada en el Beatriz, dirigida por Alberto González Vergel. Peter Shaffer es, al menos intencionalmente, uno de los "angry young men". Nació en 1926, pero su sabiduría escénica, su deseo de no engañar, su esfuerzo y logro en la obra comentada, sobrepasan con mucho la madurez temprana de los treinta y tres años.

Ejercicio para cinco dedos primero es teatro. Lo que el autor quiso hacer cuando se puso a escribir. Pero luego es también todo lo demás. ¡Y con qué importancia, justeza y calidad poética! Shaffer define, al parecer, su teatro "como un intento, un apasionado y desesperado intento, de penetrar en lo más hondo y más oscuro del alma humana". Aquí el intento se ha hecho realidad.

Peter Shaffer dice todo lo que quiere decir. No hay ninguna bruma donde pueda anidar el "quise decir" o cualquier interesado empirismo político. No hay ninguna bruma que no sea, claro, la de la vida misma. Lo que interesa en esta obra es el hombre por dentro y por fuera, el caso. Es decir, el último grito—¡qué cosas!—de la Psicología aplicada a determinadas colectividades. Lo que podemos llamar el mundo uno por uno.

Estas cinco teclas o personajes que el autor ha puesto en tensión asombran el oído. Cada personaje es "sencillamente" complejo y está maravillosamente diferenciado de los demás. Y en pugna con los otros, vivo. No se trata de una misma especie que se asfixia a su manera en el mismo cubil *(Mirando hacia atrás con ira).* Se trata de edades y convicciones distintas, y también de edades y convicciones parejas, que conviven rozándose, luchando, enfrentándose sin trampa, con sinceridad y dificultad absolutas, a la vista del público. Y además de "lo que va por dentro", un autor tan completo como Peter Shaffer no olvida "lo que va por fuera", la anécdota, el sucedido teatral, corriente, casi tópico, que sirve de bastidor y reactivo a las peculiaridades humanas de sus personajes.

Todo lo que se dice en *Ejercicio para cinco dedos* es inteligente, importante. Y es inteligente e importante la forma en que se dice y el momento. Y, como hay inteligencia, hay drama, humor y ternura. Yo no olvidaré fácilmente la inmensa soledad, seca, tristísima, que anegó mi butaca de espectador, del joven profesor alemán Walter. Ni el drama de un muchacho bueno que se averigua a sí mismo y se defiende con pequeñas maldades: Clive.

Sólo merece elogios la labor de Alberto González Vergel y la de los actores. Vemos rara vez montar e interpretar una obra de forma tan brillante. Es casi injusto preferir entre los intérpretes. Cada uno da su lección con maestría: José Luis Pellicena, Lina Rosales, Andrés Mejuto, Carmen de la Maza y Alejandro Rey, intérprete de Walter. Lo mismo hay que decir de la versión española de la obra, de Alberto Martínez Adell.

MEDARDO FRAILE.

Crítica de libros

OCHO POETISAS

Poetisas o poetas mujeres. No he pensado todavía qué es más apropiado, con perdón de Jean de Venezuela. Ocho libros, testimonio de que lo femenino no es ya ni mucho menos pasividad. Pues mientras algunos líricos varones sestean demasiado, se lo piensan mucho, las mujeres dan libros como si dieran hijos, tan espontáneamente. Ah, y acaso—no lo digo por galantería—tienen un secreto que se echa de ver bastante en el otro bando: el secreto de saber diferenciarse sin retorcimiento. Es posible que la casi total incapacidad femenina para lo objetivo resulte a la corta—a la corta ya—una ventaja interesante, desde el momento en que, además, la poesía femenina española ha salido de aquella temática más bien ñoñita y limitada, temática de entre cuatro paredes donde nos enterábamos muy bien de los amores y desgracias de su autora, con un poquito de paisaje para no aburrir demasiado.

La mujer poeta ha sabido en general incorporarse sin perder su paso a lo que puede servir para enriquecer su lírica. Ocho libros. Varios tonos, varios momentos creadores en la obra de cada una de las firmantes, continuidad o no. Uno ha leído con confianza de principio y con esperanza de hallar algo.

Carmen Conde. El libro se llama *Los monólogos de la hija* y en el pie de edición dice: Castilla, 1959. Quien haya leído antes a esta poetisa tal vez se sorprenda un poco, pero por supuesto no desagradablemente. Se trata de otra cosa. Se trata de que estamos acostumbrados a que entregue una poesía densa y preocupada, de amplias estructuras, con una voz mayor y a veces compleja, y este libro que acabo de leer es casi todo lo contrario. Aquí es hija que ofrece homenaje a su madre, y por ello su mundo tiene que hacerse más estricto, más sencillo y más enternecido. Monólogos dirigidos a alguien, narrados de una manera clara, con ese tono romancesco insustituíble en la evocación, apenas rizados de imágenes y metáforas, llegado a eso que dimos en llamar desnudez. Cinco cantos y un solo canto. Carmen Conde hila la anécdota, atiende a dejarlo todo dentro de un equilibrio—para mí lo mejor del libro—que no estorba cuanto de carga íntima tiene. Tiene también la belleza sobria de un cuento antiguo mezclado al deseo confesional. Además de leerse, se ve. Y por descontado se siente. Para Carmen Conde hay una palabra: maestría. Y esa maestría se permite variaciones tan delicadas sobre la presente.

Pasar del libro comentado a *Belleza cruel,* de Angela Figuera Aymerich (México, 1958), es una prueba inmediata de lo que antes decía sobre la abundancia de tonos en la poesía femenina actual. Cambio brusquísimo. A. F. concibe la lírica como algo muy ardiente, muy actual, muy como "instrumento para transformar el mundo". Frente a los estetas, por si queda algún partidario del pájaro y la rosa. Con esa estética, a pesar de todo, que conlleva la poesía "social". Belleza cruel: envoltura celeste de lo que duele. Claro que este dolor es grande y provoca que el poeta sea antes que nada un expositor y un acusador. Si no estuviera sujeto a equívoco, yo diría que en estos poemas, de vibración casi siempre indignada, hay periodismo lírico, aguafuerte testimonial. Lo que no sé es si esta poesía se halla más condenada a ser perecedera que la otra. A. F. pone en la temática que abarca enteramente una situación, y donde puede deslizarse el tópico, acento de mujer madre. En ello reside a mi entender lo propio del acuse tremendo, tal como lo siente la autora. Canta de frente y sin medias tintas. Domina su técnica y, a veces, llega al acierto rotundo—un tanto apartada de lo que constituye el núcleo de su libro—como en *San Poeta Labrador,* pieza inolvidable, escrita con vistas a siempre, con una belleza de siempre. Difícilmente cabe mejorar esa enumeración orante en la que queda resuelto el peligro de monotonía. Ante una pieza así no caben sís o nos. Por lo demás el tono de prosaísmo eficaz va bien llevado. Yo pondría al lado del poema de San Isidro el *Canto rabioso de amor a España en su belleza* y *Miedo.*

Hace un momento me refería al prosaísmo de Angela Figuera—sometido a norma—y ahora encuentro en este libro titulado *Todo asusta,* original de Gloria Fuertes, primera mención en el concurso de Lírica Hispana, el prosaísmo sometido a humor. El caso de G. F. es muy interesante. Estamos hartos de saber que el humorismo no es patrimonio femenino; es raro. Aquí tenemos una de las contadas excepciones. En *Todo asusta* hay salida desenfadada y graciosa de una angustia, de una decepción que se adivina fácilmente. Es como ver la verdad—juguete roto—y conmoverse de un modo risueñamente melancólico. G. F. conoce una especie de secreto para la emoción; lo tiene, y me atrevo a considerar consiste en hacer lírico el disparate, el absurdo. No siempre, claro. *Acción de gracias,* por ejemplo. Pero aún ahí leemos ese verso "gracias por no haberme hecho legionario" y el efecto es sensacional. Ya advirtió en cierta ocasión García Luengo lo fácil que resulta hablar de ternura. Por eso no hablo de ella. Hay muchas clases de ella. Me parece arriesgado tal como hace Gloria Fuertes apoyar con frecuencia sus pequeños poemas en una de esas "salidas" que desarticulan, que desarman (por obra de la risa o de la sonrisa) algo tan perfectamente serio y tan radicalmente infantil como el temor a lo humano. Y sobre la pirueta nada solemne, Dios.

Pura Vázquez firma este libro: *13 poemas a mi sombra,* Editorial Arte, Caracas, 1959. (Buen síntoma: nuestras poetisas editan en el extranjero.) Y ahora recuerdo una frase de Séneca: "El hombre no puede saltar por encima de su sombra". Pura Vázquez no pretende ese salto. Sabe que

EDITA

CONCHA LAGOS

Director: Emilio González Navarro
Subdirector: Medardo Fraile

CONSEJO DE REDACCIÓN

Gerardo Diego
José García Nieto
José Hierro
Jorge Campos

Depósito legal: M. 3170 - 1958.

Gráficas ORBE, S. L.—Padilla, 82.

C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 31-32 Mayo-junio 1959

nuestra sombra es la más leal compañía. Como gallega tiene tendencia a expresarse con motivos de la Naturaleza. Su repertorio imaginativo está lleno de referencias al paisaje en su estado más puro. Y ese repertorio es sobremanera abundoso, espeso, bello y triste. Sujeto a una retórica acreditada y no menos eficaz que cualquiera otra inventada o por inventar. Preferencia por el verso libre y amplitud emotiva. Es una mujer que se sitúa en un ámbito donde las cosas aparecen revestidas y son compañía en el agudo sentimiento de soledad. Aunque en una línea de hoy P. V. enlaza muy bien con una tradición muy específicamente galaica. La ha trasplantado a otra orilla.

José García Nieto, en el prólogo a estos versos de EDUARDA MORO, reunidos bajo el título de *Este sol que me habla* (Papel de Aleluyas, Madrid, 1958), habla de lucha con el "dolorido sentir" garcilasista. Es exacto y nos define la situación que motiva el lirismo de esta mujer. (Un buen prologuista siempre ahorra palabras al que comenta.) En primer lugar hay una gran preferencia por el soneto sin barroquismo, con tersura y sensibilidad clara. Dolor que mira hacia Dios e intimismo a lo clásico, sobrio de gesto. Formas ligeras y el peso del corazón, que ya es bastante. Sin poder entrar en otros aspectos, es justo destacar algo que se trasparece en todo el libro: disciplina poética.

Como decía no sé quién: "antes de lanzarse a la audacia es conveniente saber pintar bien el bodegón".

"Baladre", en su colección "Almendro", edita *La naranja,* de MERCEDES SAORÍ. Otro color, otro mundo, que en su misma tristeza busca el asidero. Algo que pueda parecerse a la esperanza. Aquí hay apoyo constante en lo íntimo que se trasciende, que aspira a ser símbolo—un árbol, por ejemplo—. Entre la realidad y la emoción una especie de reflexión desencantada. M. S. tiende a ser exhaustiva, redondeando cuanto compone cada trozo de su realidad, de su vida, que quiere fijar. Y la fija —con esos pinceles de su poema—poniendo tanto de la sugestión de las cosas en torno como de ella misma. Lírica que no pretende ser brillante, sino gris de palabra, sin sorpresas expresivas porque atiende esencialmente al conjunto, al orden de cada poema, más que al chispazo. Insisto en este sentido de ordenación que Mercedes Saorí demuestra. En *No se parecía a nada* se sale un tanto y con fortuna de esa línea. "Las palabras sonaban de otra forma—y la sorpresa fué reconocerse." Zamorano ilustra muy bien este pequeño volumen.

De todos los libros comentados hasta ahora, *De mí hasta el hombre* es el único que llega desde el Sur. Su autora es MARÍA DE LOS REYES FUENTES. Hace el número cuatro de la Colección Caleta (Cádiz). Ni la realidad social, ni el humor, ni la melancolía, ni el desencanto reflexivo. La mujer y el Hombre, adivinado y deseado raízmente, con fuerza y exquisitez. La palabra se colorea, se llena de una tensión bella en la que importa muchos a partes medias la promesa y el ofrecimiento. (Llamo la atención sobre este ofrecimiento, esta actitud femenina por demás y que, sin embargo, no se prodiga hoy en el verso.) María de los Reyes

Fuentes reparte su poema entre el soneto y el verso libre. Sin querer, o queriendo, resulta que lo primero parece pausa de lo segundo. Hay un par de sonetos estupendos, sincerísimos y bien realizados. Realmente se trata de un solo poema donde no falta el típico poema de los hijos.

De mí hasta el Hombre—puente a su vez hacia Dios—tiene en todo momento un buen regusto de palabra cuidada. Lo que no es raro viniendo de donde viene.

Y, por último, AMPARO GASTÓN, cuyo *A flor de labio* edita "Lírica Hispana". En el concurso convocado por esta revista obtuvo el segundo premio. Hay títulos muy expresivos, y que se tienen constantemente en cuenta mientras dura la lectura, porque explican desde el principio, y al llegar al final, lo que el autor nos ha querido decir. Está a flor de labio aquello que para salir afuera no necesita de mucho trabajo interior; apenas un leve e indispensable ordenamiento para que nazca la palabra. Así ocurre aquí. Esta primeriza poesía de A. G.—primeriza en libro con su sola firma—tiene intuición y encanto. Fluye, se la nota deseosa de hacer un recorrido por cuanto es vida. Y, en este caso, vida es esencialmente amor sin tristuras, rebose de sentimientos que se agolpan, se contrarían incluso. ¿Línea, escuela? Nada de eso. Apenas o ninguna preocupación porque el poema tenga definida estructura. Decir sencillo, balbucente, salvo excepciones como en *Hacia la vida,* que resume y mejora otros poemas del mismo volumen. Tal vez Amparo Gastón prefiera apuntar a redondear. Pero cierto impresionismo no deja de ser peligroso. Sobre todo cuando en una sensibilidad vivísima y alegre hay base para empresas maduras.

JIMÉNEZ MARTOS.

COLECCIÓN ÁGORA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. Luis López Anglada: *ELEGÍAS DEL CAPITÁN*. 15 ptas. Agotado.
2. Leopoldo de Luis: *EL EXTRAÑO*. 20 ptas. Agotado.
3. Concha Lagos: *LOS OBSTÁCULOS*. 15 ptas. Agotado.
4. José García Nieto: *LA RED* (2.ª ed.). 25 ptas. Premio Fastenrath.
5. Manuel Alcántara: *MANERA DE SILENCIO* (2.ª ed.). 15 ptas. Agotado.
6. Gerardo Diego: *AMAZONA* (2.ª ed.). 25 ptas. Premio Larragoiti.
7. José Luis Prado Nogueira: *ORATORIO DEL GUADARRAMA*. 25 ptas. Agotado.
8. José María Requena: *LA SANGRE POR LAS COSAS*. 20 ptas.
9. Ángel Crespo: *TODO ESTÁ VIVO*. 20 ptas.
10. Rafael Millán: *DE LA NIEBLA*. 25 ptas.
11. Joaquín Fernández: *PIEDRA MAYOR*. 20 ptas.
12. José Gerardo Manrique de Lara: *ELEGÍAS Y GOZOS TEMPORALES*. 25 ptas.
13. Gabriel Celaya: *ENTREACTO*. 35 ptas.
14. R. M. Rilke: *CINCUENTA POESÍAS*. 45 ptas. (Traducción y epílogo de José María Valverde.)
15. Ricardo Molina: *ELEGÍA DE MEDINA AZAHARA*. 25 ptas.
16. Pilar Paz Pasamar: *DEL ABREVIADO MAR*. 25 ptas.
17. José Hierro: *CUANTO SÉ DE MÍ*. 30 ptas. Premio de la Crítica.
18. Adriano del Valle: *ÉGLOGA DE GABRIEL MIRÓ y FÁBULA DEL PEÑÓN DE IFACH*. 20 ptas.

19. Pablo García Baena: *ÓLEO*. 20 ptas.

20. Dylan Thomas: *POEMAS ESCOGIDOS*. (Traducción y prólogo de Jorge Ferrer-Vidal.)

21. Rafael Montesinos: *EL TIEMPO EN NUESTROS BRAZOS*. 30 ptas. Premio Ciudad de Sevilla.

22. Boris Pasternak: *ANTOLOGÍA DE URGENCIA*. 40 ptas. (Traducción y estudio preliminar de Gabriel Amiama y Antonio Gómez Alfaro.)

23. Javier de Bengoechea: *FIESTA NACIONAL*. 30 ptas.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

LIBROS Y FOLLETOS:

HORA ACTUAL DE LA NOVELA ESPAÑOLA, *Juan Luis Albors*. Edit. Taurus, Madrid, 1958.
ANTOLOGÍA DE CUENTISTAS ESPAÑOLES, *F. García Pavón*. Editorial Gredos. Madrid, 1959.
RESPUESTA A CARMEN, *José Luis Prado Nogueira*. Adonais. Madrid, 1958.
CONFUSOS, *Claudio Rodríguez*. Cantalapiedra. Santander, 1959.
AMOR SOLO, *Gerardo Diego*. Espasa Calpe. Madrid, 1958.
VIAGEM DENTRO DE MIM, *Francisco Alves da Costa*. Lisboa, 1959.
EVASIÓN, *Gerardo Diego*. Lírica Hispana. 189-190. Caracas, 1958.
VIAJE MARAVILLOSO, *Jean Aristiguieta*. Lírica Hispana. Caracas, 1958.
LA SOMBRA, *Arsinoe Moratorio. C. Julio Herrera y Reissig*. Montevideo, 1958.
ORBE, *Pablo A. Ramella. Francisco A. Colombo*. Buenos Aires, 1958.
EL DIABLO BRICEÑO, *Mario Briceño Perozo. Ragón, C. A.* Caracas, 1957.
EL NOMBRE DE MARIO PARA UNA ESCUELA DE SU TIERRA, *Luis Villalba-Villalba*. Ejecutivo del Estado Trujillo. Trujillo-Venezuela, 1958.
HAZAÑAS, PROEZAS Y VIRTUDES DEL GENERAL JOSÉ ANTONIO PAEZ, *Américo Briceño Valero*. E. del E. Trujillo. Trujillo-Venezuela, 1958.
UN CANTO DE ARCO IRIS POR TRUJILLO, *Ramón González Paredes*. E. del E. Trujillo. Trujillo-Venezuela, 1958.
LOS MUÑECOS DE BARRO DE MARIO BRICEÑO-IRAGORRY, *Mario Briceño Perozo*. Caracas, 1958.
PIEZAS LIRICAS, *Ileana Espinel*. Universidad de Guayaquil. Ecuador, 1957.
ILEANA ESPINEL, ALMA ESTELAR, *Rigoberto Cordero y León*. Cuenca (Ecuador), 1958.
ALDEA 1936, *José López Rueda*. Universidad de Cuenca. Ecuador, 1958.
POEMAS EXTRAÑOS EN NÚMERO DE CINCO Y MUÑECO MUERTO, *Antonio González Muñoz*. Minerva. Cádiz, 1959.
CRISTO, TERCERA LLAMADA, *Francisco Lucio*. Ed. Rubí. Barcelona, 1959.
GRABADORES ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS. Librería Abril. Madrid, 1959.
FRISO Y CANTIGA, *Miguel Ángel de Argumosa*. Piedralaves, 1959.
LOS MONÓLOGOS DE LA HIJA, *Carmen Conde*. Gráfica Comercial. Madrid, 1959.
LA RAMA INGRATA, *Rafael Laffón*. ÁGORA. Madrid, 1959.
DE MI GRANDE Y PURO AMOR, *José M. Martín Triana*. ÁGORA. Madrid, 1959.
FIESTA NACIONAL, *Javier de Bengoechea*. Colección ÁGORA. Madrid, 1959.

REVISTAS:

PROFIL LITTÉRAIRE DE LA FRANCE, 30-31, Marsella. COURRIER DU CENTRE D'ÉTUDES POÉTIQUES, 23-24, Bruselas. VERTICE, 184-185, Coimbra. NARCEJA, 1, Sao Paulo. REVISTA SHELL, 29, Caracas. LAUREL, 17, 18, Córdoba (Argentina). EUTERPE, 35, San Martín, Buenos Aires. EL NOTICIARIO, 252-253, San José de Costa Rica. GOYA, 27, Madrid, ÍNDICE, 122-123, Madrid, ÍNSULA, 147-148, Madrid. ACENTO, 4, Madrid. PUNTA EUROPEA, 37-38, Madrid. POESÍA ESPAÑOLA, 73-74, Madrid. ÍNDICE CULTURAL ESPAÑOL, 158-159, Madrid. CARACOLA, 76-77, Málaga. MONTEAGUDO, 22, Murcia. KETAMA, 11, Tetuán. OREJUDÍN, V, Zaragoza. PIEDRALAVES, 12, Ávila. ROCAMADOR, 14, Palencia. LAPELA, VI, Almendral, Badajoz. YEDRA, 1, La Adrada, Ávila. EL MOLINO DE PAPEL, 17, Cuenca. AXATI, 1, 2, Lora del Río, Sevilla. RUMBOS, 132, Madrid-Barcelona. RESURGIMIENTO, 3, Monterrey, N. L.


ÁGORA